



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 22 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

BIEN VENIDOS

Los vimos marchar por secciones, tripulando aquellos hermosos buques sobre los cuales flotaba la bandera que pasaron victoriosa por el mar de nuestros renombrados capitanes. Unos se fueron en el «Vizcaya», á hacer visita de cortesía á quien traicionaba de nuestra amistad; otros se fueron en el «Oquendo» á la capital de Cuba, llevándose en sus espíritus el sentimiento de la lucha; los demás marcharon en el «Colón» y el «María Teresa» llevando preparados los cañones para batir al enemigo.

Cada barco que dejaba las costas de la península provocaba una manifestación delirante; y asomándose el alma nacional á las playas andaluzas, prorrumplía en rugidos de entusiasmo, sobre los cuales vibraba sin cesar claro y distinto el frenético ¡viva España! que ha llevado en todos los tiempos tantos españoles á la victoria y a la muerte.

Pensando en aquellos buques que llevaban al nuevo mundo la terrible comisión de guerrear; intranquitos por la suerte que les pudiera caber, cuántas noches hemos pasado sin dormir, esperando que á cada momento nos sorprendiera la infausta noticia de que la armada enemiga les había cerrado el paso obligándoles a un combate desigual y desastroso.

Sorteando los peligros; burlando el espionaje que por todas partes se ejercía; caminando por rumbos ignorados que se apartaban de los conocidos derroteros; apareciendo un día en un punto para perderse más tarde; dejándose ver otro día en otro punto y desapareciendo enseguida para burlar al contrario; marchando y contramarchando y haciendo actos de presencia, contínuos pequeños, en puntos distintos y lejanos, has-

ta el extremo de parecer que los cuatro buques eran parte de una escuadra numerosa, se deslizaron los buques fantasmas. Y un día entraron arrogantes en Santiago de Cuba, mientras que la nación, que desconocía en tal instante la seguridad de dicho puerto, saludaba con un aplauso frenético la fortuna y la habilidad del jefe que los mandaba. ¡Quién había de decir que, mes y medio más tarde, aquellos buques que se habían burlado de dos escuadras potentes habían de salir al mar desafiando á las dos!

¿Por qué salieron? No es el momento oportuno para satisfacer la pregunta. Salieron..... porque debieran salir, a plena luz, con el ánimo sereno y la conciencia tranquila. Iban á morir, ya lo sabían, pero salieron, sin llevar siquiera en el pecho la esperanza de que la casualidad caprichosa les deparrara un triunfo inverosímil.

Dos horas después quedaba consumado el sacrificio y mientras subían al cielo las almas de los que hallaron la muerte en la contienda, una legión de mártires luchaba con las olas que los arrastraba al abismo.

Partieron por secciones y llegan en montón, unidos por la común desgracia. No traen el laurel victorioso ceñido á la sien, pero llevan encerrada en el alma la palma del martirio. En sus semblantes no resplandece la satisfacción de fructíferas hazañas, mas sus conciencias permanecen tranquilas con la serenidad del deber cumplido.

Se han dejado enterrados en las costas cubanas los barcos en que partieron, los buques que les confiaba la patria para que la defendiesen de americanos y mambises; pero no se culpe á ellos sino han podido hacer milagros; lo único que pudieron hacer era jugarse la

vida, en lucha fieramente desigual y ya lo hicieron.

Bien heridos sean los supervivientes de la escuadra fantasma que un día fué terror de los americanos. Nada de vitores que serían inoportunos; nada de regocijo que sería cruel. Esclamos de duelo y las manifestaciones jubilosas no las consiente el corazón.

Bien venidos sean los heroicos marinos de la escuadra española que hicieron el día 3 de Julio el sacrificio de sus vidas en el altar del honor.

Nuestra felicitación á los que llegan.

Nuestra oración más ferviente para los que sucumbieron en tan infausto día.

TIJERETAZOS

Comparece «El Tiempo», órgano de Silveira, y dice:

«El partido conservador aspira al poder.»

Estamos en el secreto colega. Lo que no sabemos es que compartiese usted con Perogrullo el monopolio de decir verdades.

La primera sesión celebrada en Malolos por la asamblea tagala ha sido un escándalo monumental.

¡Y dicen que no son civilizados aquellos indios!

En tanto que unos se desviven por agasajar á los pobres soldados que vienen medio muertos de Cuba, otros hacen su negocio con la desgracia de esos soldados.

Eso pasaba en Vigo hasta anteayer. Las víquezas, que deben ser unas mujeres muy buenas y caritativas, adquirirían con su propio dinero gran cantidad de leche para regalarla á los soldados.

Y los lecheros, al ver tanta demanda, la fueron subiendo de precio hasta cuadruplicarlo.

Pero no les ha salido la cuenta, porque al ver las mujeres desverguenza tan grande, acometieron á los vendedo-

res, les dieron de bofetadas, les arrancaron los cántaros y vertieron el contenido en la vía pública.

¡Qué simpáticas y qué justicieras son esas mujeres de Vigo!

Yo les daba un premio.

Leemos: «Interrogado el presidente del Consejo acerca del juicio que le merecían unas declaraciones del duque de Tetuán, ha dicho que ese señor es un político que anhela el poder y trata de captarse las simpatías del país.»

Tiene razón el presidente.

Pero el país no se casa con nadie y oye al duque de Tetuán, y á otros que no son duques, como si oyera llover.

Abi teníamos que ir á parar y ya hemos llegado.

Microscópica

Es una verdadera historia de horror, una desdicha que hiela la sangre, una consecuencia tristísima de la última guerra.

Antes de que estallara el conflicto hispano-americano, él pertenecía á la escuadra de Cervera, en clase de fogonero. Trabajando muchas horas del día en el vientre inflamado del enorme crucero, ganaba á costa de grandes fatigas el sustento de su compañera y de sus tres hijitos. Sin embargo, el dinero ganado á tanta costa, no llegaba á la infeliz familia, porque navegando sin llegar á puerto no es posible girar. Después la guerra hizo el giro más imposible aun.

Un día trajo el telégrafo una noticia tremenda; la escuadra había sido destruida, el barco del infeliz fogonero se había ido á pique... Y la pobre mujer corrió alocada abrazada á sus hijos, presintiendo su horrible desventura. Preguntó en todas partes y en ninguna le dijeron lo que ansiaba saber.

Y pasó un mes de duelos y de hambres que fué para la infeliz el prólogo de una nueva desdicha. Las penas le mordieron tan hondo que le quitaron la salud; y cuando la negra noticia de la muerte de su esposo desgarró su corazón y sus oídos se sintió morir y se murió en efecto en el Hospital de Caridad.

Una pobre anciana cargada de penas discurría ayer, atelada, por el barrio de los Molinos, acompañada de tres niños, el menor de un año. Su aspecto inspiraba compasión.

Una buena alma se paró ante ella y algo debió preguntarle, porque con voz mojada en lágrimas oímos decir á la pobre vieja.

—Son hijos de mi hija. Su padre murió en el combate de Santiago. Su madre ha muerto de dolor en el Hospital. Viven conmigo y voy con ellos sin saber á donde. No pido limosna ni dejo de pedirla porque no tengo pan que darles...

Un hombre que perece cumpliendo su deber... Una mujer que muere de dolor y de miseria... Una pobre anciana convertida de repente en mendiga... Tres pobres niños sin abrigo y sin pan...

La Casa de Misericordia es para algo. Los sentimientos con que Dios nos borda el alma, no son puro adorno.

El deber no puede ser una palabra hueca.

Los que sintiendo amor al prójimo, poseen medios para hacerlo eficaz, tienen la palabra.

RAUL.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

(CONCLUSIÓN)

Hice presente á mis compañeros de Gobierno que se trataba de una operación militar arriesgada, habiendo de llevar esa escuadra tropas de desembarco que en un encuentro desgraciado aumentaban nuestras pérdidas. Pero no era solo la necesidad militar de enviar la expedición á Filipinas; únenso á ella otras razones que aconsejaban extremar el esfuerzo aventurando algo para asegurar la posesión del lejano archipiélago; había un doble motivo para que la operación se verificase, y al verificarla, era preciso rodearla de todos aquellos recursos que pudieran contribuir al éxito ó aminorar los contratiempos; así es, que á los buques armados y á los que conducían las tropas, hubo que acompañarlos de otra flota ó con-

cho, que el rey de España era muy bueno y que podría conseguirse por la mediación del almirante se me devolviese por la corona de España el valor de lo que había sido confiscado á mi cuarto abuelo, el conde de Egmont.

Yo hablaba algo el español, porque D. Diego había querido que yo hablase su lengua, y mi amor había hecho maravillas.

Un día D. Diego me dijo que había hablado de mí al almirante, que éste quería conocerme, y que puesto que hablaba el español le bastaba para hacerme entender, le dijese yo misma mi pretensión, que tendría más fuerza para él en mi boca.

Fuimos mi abuela, D. Diego y yo á la magnífica casa del almirante, que nos recibió muy bien, me escuchó con suma bondad y me dió grandes esperanzas.

Pero nunca hubiera yo ido á ver al almirante; se enamoró elegantemente de mí y se decidió á todo por obtenerme.

Quince días después, D. Diego, pálido, triste, aterrado, me dijo que íbamos á separarnos, que se le había mandado pasar al ejército de Italia, que era soldado y no podía desobedecer so pena de ser preso y juzgado.

Yo sentí que se me arrancaba el corazón: presen-

tido capaz de deshonrar por medio de la violencia á una pobre niña que había venido á España confiada en su protección?

—Eso no disculpa los amores que tenéis con el rey y las hechicerías de queos habeis valido para seducirle, dijo acreciendo en severidad el marqués de Castroviago.

—¡Escuchadme, escuchadme por compasión, señor! dijo Margarita, cuyo terror crecía de momento en momento: yo soy flamenca, me llamo Margarita de Egmont, soy biznieta del desgraciado conde Egmont, que declarado traidor por que peleaba por la independencia de su patria, fué degollado por mandato del rey D. Felipe II: los bienes de mi familia habían sido confiscados, vendidos para el rey; yo vivía pobre en Bruselas con mi anciana abuela, que Dios haya perdonado: vivíamos de una escasa pensión que nos daba la ciudad de Bruselas: tenía yo diez y siete años, y amaba con toda mi alma á un capitán de arbabuceros españoles, á D. Diego de Silva, del cual ignoro lo que haya sido, como él ignora sin duda lo que ha sido de mí. Fué á Bruselas no sé con qué encargo del almirante, y como es tan gran señor y goza además de mucho favor con el rey, D. Diego que le conocía, me dijo que era un caballero muy noble y muy generoso, que podía mu-

Dos de ellos cargaron con la silla y echaron á andar acompañados del marqués y de los otros cuatro hacia la calle de los Mancobos, en la cual se detuvieron delante de una vieja casa, cuya puerta se abrió al llamar á ella el marqués, tragando en su fondo oscuro á la silla de manos con los que la llevaban, al marqués y á los otros cuatro picarón.

Volvió á cerrarse la puerta, y todo quedó en tinieblas.

XIV.

El marqués abrió la silla, y mandó, alterando su voz y de una manera imperativa, á la dama saliese de orden del Santo Oficio, de la general Inquisición.

El marqués era demasiado ardoroso, y el nombre y de la influencia del Santo Oficio para sus asuntos.

La pobre joven salió, y al marqués salió una de sus manos, que estaba fría y temblaba; la llevó á sus ojos, la hizo bajar unas escaleras, y siempre á oscuras, dijo que ella algunas veces en un espacio húmedo y tenebroso, la hizo subir y bajar muchas veces las mismas escaleras para desorientarla, y al fin, cuando la joven se creyó internada en un laberinto, soltó su mano, volvió á subir la